

Edgard Pisani (Presidente del Simposio 50° Aniversario de la FAO)
LOS MERCADOS Y LAS NECESIDADES DEL MUNDO¹

Hemos venido aquí un poco como los buscadores de oro; pero ¡cuántas toneladas hay que remover para encontrar la tan ansiada pepita! Los organizadores de este Simposio han recibido de todos ustedes toda una serie de enfoques, preguntas y sugerencias. Es aún demasiado pronto esta noche para decirles lo que es deseable, lo que está permitido extraer de todo esto. No es, pues, mi propósito hacer una síntesis de sus trabajos, sino, simplemente, decirles lo que, en caliente, retengo de ellos. Mañana, ante los ministros de Agricultura y de Cooperación para el Desarrollo - habrá más de un centenar de ellos -, mi deseo no es ser el portavoz de ustedes sino el de poder relatar, como testigo de sus trabajos, y resumir en algunas ideas, en algunas fórmulas, toda su riqueza. Será necesario después, con el tiempo y la retrospectiva, ir mucho más lejos y presentar, en una construcción estructurada, la visión que nos ha reunido finalmente, así como las sugerencias que han surgido del encuentro de nuestras experiencias.

El primer sentimiento que experimento al terminar este debate, es, tal vez, el de haber dado inicio a un nuevo período durante el cual el problema de la agricultura y la alimentación que había cesado de estar de moda, vuelve de nuevo, como para llamarnos al orden y recordarnos que hay que darle una solución. Tanto nosotros como ustedes, hemos empleado, en el transcurso de estas sesiones, palabras que no hubiésemos empleado hace algunos años. Y aún más: si ustedes las hubiesen empleado años atrás, lo habrían hecho en un tono desesperanzado, cosa que nunca ha sucedido durante estos días. Me parece, y de ellos doy un vigoroso testimonio, que los dramas que el mundo ha vivido han hecho resurgir el problema que nos reúne hoy.

Hemos conocido un equilibrio bipolar, donde el problema de la seguridad se antepone a todos los demás. Esta descisión está actualmente superada y no podemos eludir el interrogarnos sobre los futuros equilibrios del mundo; ya no son los de las armas sino los de la demografía, los de la riqueza, los del acceso a los medios de supervivencia, de la vida y de la plena realización de sí mismo. Establezcamos, pues, la hipótesis de la toma de conciencia universal y política de estas prioridades. Ustedes lo han hecho explícita o implícitamente. Ahora debemos decir lo que podemos hacer para sacar partido de ellos y para ir aún más allá.

Mi segunda observación es que, tras un período de cristalización bipolar, el mundo ha entrado en fase de sobrefusión. En su historia, las sociedades pasan por fases de cristalización en las que todo parece inmóvil, todo debe continuar como antes, y otras, por el contrario, en las que todo parece posible. Hemos entrado en un período de sobrefusión en el que todo es incierto, todo es casi aleatorio. Pues bien, algún día, todo esto va a cristalizar de nuevo por un período, tal vez, largo. Por lo tanto, tenemos el deber de intervenir para que la cristalización se efectúe teniendo en cuenta cierto número de valores,

¹ Discurso pronunciado durante la sesión de clausura, el día 13 de octubre de 1995. Québec. Canadá.

cierto número de objetivos, cierto número de necesidades de las que todos somos portadores. En caso contrario, de forma ineluctable, el mundo cristalizado estallará por no haber asumido todos sus problemas. El sistema mundo explotará por haber querido ignorar ciertas exigencias fuertes.

Esto fue lo que dijeron, reunidas en la misma sala y con las mismas preocupaciones, gentes de terreno, gentes de investigación, gentes de mercados y gentes del sector público. No cabe duda que, al escuchar sus diversos discursos, a veces contradictorios, se podía, sin conocer su identidad, saber a qué región y a qué cultura pertenecían. Pero, en los debates en los que yo participé, tuve el sentimiento de que se tendían la mano, porque juntos descubrieron que, individualmente, carecían de la capacidad para resolver los problemas que el mundo tiene planteados, y que el problema de cada uno venía a engrosar el de los demás; sólo juntos podían elaborar la única respuesta justa que sea colectiva y respetuosa con la diversidad.

Ustedes han dejado entrever que, por encima de sus intervenciones específicas y de sus críticas, por encima de su escepticismo respecto a la política, saben que nada podrá hacerse sin voluntad política. Sabemos que el político está inquieto e insatisfecho de sí mismo. Busca nuevas definiciones, no para sobrevivir sino para asumir las responsabilidades que son suyas, y renacer, de esta forma, como respuesta sintética y simbólica a los problemas del mundo. Asaltada a la vez por la información, el mercado, la sociedad civil, la mundialización y la inseguridad, la política se da cuenta de que no puede seguir siendo lo que fue, pero que tampoco puede capitular. ¿No sienten ustedes que aquéllos que tienen la política como oficio se vuelven hacia nosotros y nos dicen: pero ¿qué esperan ustedes de nosotros? No tenemos derecho a decir que no esperamos nada y que unos actores funcionales pueden enfrentarse con la miseria del mundo y con los riesgos que corre la naturaleza. El arbitraje entre los que operan sobre el terreno, los que lo hacen en el saber y en el mercado, el arbitraje entre los que hacen las reglas del juego y los que sufren sus consecuencias, de este juego que hará que, entre ellos, las cosas sucedan de forma positiva, fue siempre objeto de nuestras críticas y de nuestras esperanzas. Si apelamos al político, no fue para ocupar su sitio sino para pedirle que se redefiniera. Y como somos ciudadanos, de nuestros países y del mundo, en el curso de estos debates hemos intentado reinventar la política para que actúe como un árbitro entre nosotros, que somos los actores. Al tener preocupaciones profundamente diferentes, ni exclusivas unas frente a otras ni tampoco contradictorias, hemos descubierto, al nivel que ocupamos, que somos complementarios y casi solidarios los unos de los otros. Solidarios porque, como dice la sabiduría popular, “de todo hay en la viña del Señor”.

Prestemos atención a lo sucedido entre nosotros, porque algo ha sucedido. Juntos, damos una imagen del mundo. Que cada cual salga de aquí más rico que cuando llegó. Entre los documentos que se han distribuido, los hay quizás, a primera vista, de una sorprendente banalidad, palabras que no se hubieran escrito unos años atrás. Hace unos años, en este continente y con el público que hoy formamos, ¿hubiera dicho el mercado que era incapaz de resolver solo los problemas de la humanidad? Ya han pasado los tiempos en los que parecía que todos los poderes pertenecían, debían pertenecer, a las

fuerzas de la economía, porque ella era la única capaz de responder a nuestras necesidades. Estas fuerzas se han liberado o están en trance de hacerlo; la libertad de los intercambios no la discute casi nadie. Por eso tenemos el derecho, incluso el deber, de preguntarnos si estas fuerzas no son capaces de responder a todas las necesidades de la sociedad y de las sociedades, de las especies y de los seres. Ahora bien, estas mismas fuerzas del mercado han venido a decirnos: no podemos resolverlo todo. Por ejemplo, nosotros solos somos incapaces de resolver los problemas del medio ambiente. Sin duda, las empresas van a participar en los trabajos que exige el medio ambiente, pero éste es una cosa global, es todo el mundo al mismo tiempo, es la herencia física y biológica de la tierra. Podremos aportarle nuestra contribución, pero no es de nuestra incumbencia ni ser los responsables, ni quienes prescriban, ni quienes lleven la gestión del mismo. Menos aún nos incumbe la gestión, cuando la dimensión dominante del medio ambiente en la larga duración. Hubert Reeves nos ha lanzado un inmenso desafío intelectual al decirnos que no sabemos si el mundo existirá siempre.... Debemos actuar como si siempre debiera existir y como si quisiéramos, y nosotros queremos, que la especie humana exista siempre, como testigo de este mundo que siempre existirá.

Mantener el gusto por lo duradero cuando acabamos de recibir este mensaje sobre la precariedad del mundo, es responder a un desafío. ¡Qué importa! No podemos cambiar gran cosa y, sin embargo, este planeta del universo que nos ha sido confiado, a nosotros como especie humana (a decir verdad, dependemos de él casi más de lo que se nos confió), debemos administrarlo como deben hacerlo los usufructuarios de una herencia que pertenece a sus hijos.

El mercado ha venido también a decirnos que no sabía resolver los problemas de aquéllos que, en los confines de los continentes o en la profundidad de las aglomeraciones, conocen la pobreza, la miseria, el hambre, la enfermedad, la muerte precoz, la desigualdad. Nosotros respondemos al mercado: "Crea la riqueza y nosotros tomaremos la parte de ella que tú no sabes distribuir y la distribuiremos por otros medios a quienes hoy o mañana no tengan acceso al mercado". El mercado no niega que es incapaz de alcanzar las profundidades de las aglomeraciones o aquellos territorios lejanos. Nosotros sí lo sabemos; pero es necesario que imaginemos los medios para distribuir allí donde el mercado no sepa cómo hacerlo, tal vez con la ayuda de los propios comerciantes, pero ya no de una forma liberal, sino solidaria.

Los investigadores, que no daban la impresión de estar seguros de sí mismos y de que iban a resolver todos los problemas, con la condición de que se les dejase actuar, han vuelto los ojos hacia los saberes tradicionales y hacia los políticos para cuestionarlos. Y nos han dicho que existen, en esos lejanos confines de mundo, saberes a los que no se había prestado demasiada atención y que es necesario redescubrirlos y hacer, de quienes lo posean, los copartícipes de su propio destino. He aquí al investigador del Norte, al investigador de los grandes laboratorios que se convierte en el modesto ayudante del heredero de las modestas técnicas del pasado. Y estos mismos investigadores ¡han venido a expresarnos los riesgos de la ultraespecialización y del fraccionamiento de la investigación! Quizás, en materia de investigación como tal, estemos en trance de pasar de una economía de la oferta, la oferta de los que saben, la oferta de los laboratorios, la oferta de las

sociedades, a una economía de la demanda. Es necesario que se llegue a eso, porque si el terreno no está en estado de curiosidad y esperanza, en estado de confrontación y de intercambio para apropiarse los recursos intelectuales y técnicos que le son suministrados, éstos no sirven para nada. La curiosidad, la demanda, la necesidad son necesarias pero convocan al intercambio. Hemos llegado, parece ser, más lejos. No basta con ser investigador y saber curar todas las enfermedades; hay que redescubrir al viejo médico de cabecera que se preocupa más del enfermo que de la enfermedad. ¡Qué importa que sepamos, gracias a nuestros saberes, responder a cada una de las preguntas si el mundo continúa degradándose!

Así pues, sobre una dinámica que, indiscutiblemente, es la de intercambio mercantil, después de constatar que dicho intercambio no lo resuelve todo, hemos abordado los problemas del medio ambiente, de la duración, del hambre y otros muchos, para decir que dependen de la voluntad y de la acción políticas. De ello depende la credibilidad del mercado.

Y ahora, ¿qué podemos hacer? Podemos leer de nuevo todo cuanto se ha dicho, recopilar, clasificar, construir y desembocar en un documento que, en torno a los principios que se han enunciado antes, esbozará un sistema de pensamiento, ni inmóvil ni tampoco único, sino flexible, diverso, esgrimiendo siempre una dialéctica que oscila entre la unidad del mundo y la diversidad de las situaciones, entre el orden necesario y el desorden creador, que es la vida. Poniendo de relieve, a la vez, la gravedad del diagnóstico que hemos hecho y la existencia de soluciones, podemos apelar al valor; podemos, asimismo, ahí donde el diagnóstico y la identificación del problema no nos conducen hoy aún a encontrar respuestas, apelar a la imaginación. Sólo en la medida en que el mensaje que emane de este encuentro sea estructurado, abierto, dinámico, coherente, creativo, representará un enorme desafío para los responsables políticos y, entonces, sí que podremos luchar para que realmente sea un insuperable desafío. No es que se trate de pedir a los políticos que lo hagan todo; se trata de pedirles, tal vez antes que nada, que definan un código de conducta. ¿Por qué, después de todo, no intentaría decir la FAO, a partir de todo cuanto hemos dicho y de todo lo que juntos sabemos, y decirlo claramente, que hay cosas que no se hacen y otras que debería hacerse? No hay que hacer nada que comprometa el futuro biológico del planeta y sí se hace lo que garantice la vida de los individuos y, yendo aún más lejos, decir cómo pueden hacerse las cosas.

¿Por qué no diríamos a la FAO que tenga en cuenta que la deuda del tercer mundo pesa de tal forma sobre él que le impedirá salir adelante? No se trata de anular la deuda sino de convertirla en crédito para el propio país, para que invierta en él cuanto reembolse en un fondo de inversión administrado conjuntamente, en lugar de alimentar el mercado financiero internacional. ¿Por qué la FAO, recogiendo lo que antes dijo Hubert Reeves, no amplificaría las iniciativas locales, descentralizándose ella misma? ¿Por qué la propia organización de la FAO no habría de permitir eso: la diversidad? ¿Por qué?... Estos mismos gobiernos que sesionan en la FAO, en el Banco Mundial, en las Naciones Unidas, en el PNUD y en otros organismos ¿por qué no habrían de decirlo? ¿Por qué estas organizaciones y estos gobiernos no decidirían agrupar en una organización que tuviera sentido, la total responsabilidad de concepción y programación, de definición de las

prioridades, de desvelos, de llamamientos en los sectores urgentes que acabamos de estudiar? ¿Por qué, en vez de entonar un canto fúnebre sobre los cincuenta años de supervivencia, no diríamos: si la FAO no hizo lo que de ella esperábamos, y la verdad es que no hizo lo que de ella esperábamos, es porque no se le dieron los medios y que, por añadidura, se le privó de los cometidos que le hubiesen dado su verdadera dimensión?

Mi deseo es que cuántos han participado en este debate sigan buscando, continúen dialogando entre sí. Deseo que, elaborando un mensaje legible, movilizador, un mensaje capaz de ayudar a la comprensión del mundo, nos instalemos, la comunidad que nosotros constituimos, bajo formas aún por descubrir, nos instalemos sobre las redes para que el mundo sepa lo que es el mundo. Para que cambie.

Y para terminar, unas palabras de filólogo: humanidad y humus tienen la misma raíz, como humedad y humildad. ¡No será una casualidad!

¡Muchas gracias!.